

La Santa Misa

No hay lugar a dudas de que Nuestro Señor Jesucristo realiza la adoración perfecta del Padre sobre todo a través de su inmolación, tanto la cruenta del Calvario como la incruenta de la Misa. Y ello por tres motivos:

- *Porque el sacrificio es el acto eminente de la virtud de religión, por ser el que mejor manifiesta la dependencia voluntaria y radical de la creatura respecto de Dios; razón por la cual la religión verdadera no podía carecer de sacrificio; y así Nuestro Señor legó a la Iglesia su propio sacrificio bajo forma de renovación incruenta de la inmolación de la Cruz.*
- *Porque el sacrificio de Cristo reúne los cuatro fines de la religión, esto es, la adoración, la expiación, la impetración y la acción de gracias; a diferencia de los sacrificios del Antiguo Testamento, en que todos estos fines se alcanzaban con sacrificios específicamente distintos.*
- *Porque en la Cruz y en la Misa tanto el Pontífice como la Víctima tienen un valor infinito, por tratarse de Dios mismo hecho hombre, y conferir así a los cuatro fines del sacrificio un valor rigurosamente infinito.*

Estos son los motivos por los que las almas religiosas, que aspiran a vivir de religión y a compartir la adoración del Verbo de Dios hecho carne, no pueden hacerlo de modo más perfecto que asociándose íntimamente al gran sacrificio de Nuestro Señor en la Santa Misa.

1º La religiosa y la Santa Misa.

LA VIDA RELIGIOSA –nos inculcaba Monseñor Lefebvre– **«no puede subsistir ni definirse sin una relación profunda con la fe sobrenatural y sin una estrecha conexión con la oblación de Jesús en la cruz y en el altar»**. Por eso, el primer motivo de la donación total de la religiosa a Nuestro Señor ha de consistir en esta aspiración a ofrecerse con la divina Víctima, a imagen y en seguimiento de Nuestra Señora de la Compasión:

«El espíritu de las Hermanas de la Fraternidad San Pío X está centrado enteramente en la devoción al Santo Sacrificio de la Misa... Las Hermanas tendrán una devoción verdadera y profunda al Santo Sacrificio de la Misa, a todo lo que él significa, todo lo que de él procede y todo lo que lo complementa» (CONSTITUCIONES, III, 12). «Las religiosas meditarán con frecuencia cuán importante es para ellas vivir cada día su profesión, es decir, su oblación con la divina Víctima del altar y con la Virgen María

que se ofrece al pie de la Cruz. Toda su vida debe estar impregnada de esta disposición fundamental que las hace agradables a Dios y útiles a la obra de salvación realizada sin cesar por la Iglesia» (CONSTITUCIONES, VII, 109).

Esto es así porque TODA LA VIDA CRISTIANA está fundada sobre el Sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo, como tan maravillosamente sabía explicarlo Monseñor Lefebvre:

*«La noción de sacrificio es una noción profundamente católica: desde que Nuestro Señor Jesucristo, Dios mismo, quiso tomar un cuerpo como el nuestro y decirnos: “Tomad vuestra cruz y seguidme si queréis ser salvos”, nuestra vida no puede prescindir de sacrificio. Todo el misterio de la civilización cristiana se basa en la comprensión del sacrificio en la vida diaria, no como un mal ni como un dolor insoportable, sino como una participación de los sufrimientos y dolores de Nuestro Señor Jesucristo. Ahora bien, **por la asistencia a la Santa Misa**, que es la continuación de la Pasión de Nuestro Señor en el Calvario, **es como el alma fiel se asocia a la Pasión del divino Redentor**, se hace consciente de la necesidad de cumplir su deber a pesar de las pruebas y de los sacrificios, aprende a unir sus sufrimientos a los sufrimientos de Cristo, de los mártires, de todos los santos, de todos los fieles católicos que sufren en el mundo, y los transforma en un tesoro incalculable de eficacia extraordinaria para la conversión de las almas y la salvación de su propia alma».*

Así, al centrar en la Santa Misa toda la vida cristiana y, sobre todo, la vida religiosa, no hacemos más que VIVIR DEL ESPÍRITU DE LA IGLESIA:

*«El espíritu de la Fraternidad es ante todo el espíritu de la Iglesia, y por tanto sus miembros, sacerdotes, hermanos, hermanas, oblatas, terciarios, se esfuerzan por conocer cada vez mejor el misterio de Cristo, tal como lo describe San Pablo en sus epístolas, y especialmente en las dirigidas a los Efesios y a los Hebreos. Descubriremos entonces lo que ha guiado a la Iglesia durante veinte siglos, y comprenderemos la importancia que da al Sacrificio de Nuestro Señor y, por ende, al sacerdocio. **Profundizar este gran misterio de nuestra fe que es la Santa Misa, tener por él una devoción sin límites, ponerlo en el centro de nuestros pensamientos, de nuestros corazones, de toda nuestra vida interior, será vivir del espíritu de la Iglesia» (ESPÍRITU DE LA FRATERNIDAD, artículo 2).***

2º Unión de la religiosa a la adoración de Cristo, asociándose a los cuatro fines de la Misa.

Nuestro Señor, para rendir a su Padre una perfecta adoración, reunió en su propio sacrificio, primeramente en la Cruz y luego en la Santa Misa, los cuatro fines propios de la religión, que son: la adoración, la propiciación, la acción de gracias y la impetración. Por eso mismo la religiosa, al unirse a la inmolación de Cristo, se asocia de manera perfecta a los sentimientos que embargaban el alma de Cristo (Fil. 3 5), y a su adoración y religión interior.

1º *La Santa Misa es un sacrificio latréutico*, porque se ordena a reconocer el dominio supremo de Dios sobre nosotros, y a darle el culto que le debemos. Ahora bien, por la oblación de Jesucristo a Dios bajo las especies de pan y vino, y su inmolación y destrucción por la mística separación de su Cuerpo y Sangre,

reconocemos el supremo dominio de Dios sobre nosotros, y protestamos que estamos obligados a su santo servicio.

Este reconocimiento siempre se expresó por el ofrecimiento y destrucción, en vez del hombre, de una criatura sensible, ya viva (como animales), ya destinada a mantener la vida (como alimentos), para significar que tanto nosotros como todo lo creado depende del supremo dominio de Dios, de tal modo que El puede, según su beneplácito, conservarlo o volverlo a la nada, al modo como quedan destruidas las ofrendas.

2° La Santa Misa es un sacrificio propiciatorio, porque el Sacrificio de la Cruz, que renueva en nuestros altares, fue eminentemente propiciatorio: Nuestro Señor Jesucristo se inmoló en la Cruz para redimirnos del pecado.

Por esta razón, el Concilio de Trento enseña que, «aplacado el Señor con la oblación de este Sacrificio, concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los crímenes y pecados, por grandes que sean».

3° La Santa Misa es un sacrificio eucarístico: Jesucristo instituyó la Santa Misa a fin de «perpetuar la memoria del sacrificio de la Cruz hasta el fin de los siglos», y recordarnos que por El fuimos liberados de la esclavitud del pecado y recibidos en la sociedad de los hijos de Dios.

Este fin fue prefigurado en el Antiguo Testamento por el sacrificio del cordero pascual, que Dios había mandado al pueblo hebreo renovar cada año, a fin de recordarle los grandes beneficios que había recibido de El, especialmente la liberación de Egipto y la Alianza con El, y moverlo así al agradecimiento.

4° La Santa Misa es un sacrificio impetratorio sumamente eficaz, por ser la súplica de Aquel cuyas oraciones siempre son escuchadas. En ella se realiza de manera eminente la mediación de Cristo, «siempre vivo para interceder por nosotros» (Heb. 7 25).

*Por eso nos obtiene de Dios: • ante todo, un aumento de **gracia santificante**, de **mérito** y de **gloria**, ya que es la obra más piadosa y meritoria de que dispone la Santa Iglesia; • luego, un aumento de las **virtudes teologales** de fe, esperanza y caridad; • finalmente, **todas las demás gracias** que sus miembros necesitan para la salud del alma y del cuerpo, para su salvación y progreso espiritual, especialmente la gracia particular correspondiente a cada fiesta.*

Mas la religiosa no debe limitarse a ofrecer estos cuatro fines únicamente por sí misma, sino también por todos los hombres que viven como si Dios no existiera; pues también de ellos exige Dios el tributo de adoración, de expiación, de acción de gracias y de impetración; y si nosotros no se lo ofrecemos en su nombre, ¿cómo podrán salvarse? Y así:

- Ha de **adorar a Dios** por todos los que no creen, ni esperan, ni adoran, ni aman, y que han sustituido la adoración y el amor de Dios por la adoración y el amor de nuevos ídolos: el placer, la riqueza, el orgullo.

- Ha de **expiar, juntamente con Jesucristo**, los pecados de toda la humanidad, en esta época en que desapareció el horror y la noción del pecado, al punto que goza de derecho de ciudadanía en sus formas más sacrílegas y degradantes.

• *Ha de dar gracias a Dios por los beneficios que concedió a todo el género humano, y que tantos hombres no agradecen: creación, elevación a la vida divina, Encarnación, Redención, la Iglesia, los Sacramentos, la Virgen María, la bienaventuranza eterna a que todos están llamados.*

• *Ha de pedir a Dios, para todas las almas, aquellos bienes celestiales que muchos ni piden, ni desean, ni conocen: gracias de amor a Dios, de conversión, de arrepentimiento, de fe, de perseverancia, de santificación y salvación.*

3º Unión de la religiosa a la adoración de Cristo, ofreciéndose ella misma como víctima en la Misa.

La religiosa debe también –y sobre todo– asociarse a la oblación del Salvador, *ofreciéndose* en unión con El, y cada día con mayor afecto. Lo cual significa que debe participar del **estado de hostia**, uniéndose a Jesucristo mientras se ofrece (*ofertorio*), se inmola (*consagración*) y se da como alimento (*comunión*).

1º La religiosa ha de **ofrecerse con Cristo** en una total y continua entrega de sí mismo para la gloria del Padre.

El primer acto de Cristo al entrar en este mundo fue un ofrecimiento de Sí mismo a la voluntad del Padre (Hebr. 10 5-10), que luego renovó a lo largo de su vida, en la presentación en el templo, en su vida pública, en su agonía, y en el Calvario. Del mismo modo la religiosa debe establecerse en la actitud radical de darlo todo y darse todo a Dios, dejando a Dios disponer plenamente de la víctima que le es ofrecida, y renovando frecuentemente dicho ofrecimiento, sobre todo en las principales acciones del día.

2º La religiosa ha de **inmolarse con la Hostia Santa**, aceptando los sufrimientos y pruebas de cada día por amor a Jesucristo y en unión con El.

Nuestro Señor ofreció en la Cruz el sacrificio del cuerpo y de la sangre que había recibido de María, aceptando su destrucción, y renovándola místicamente cada día en los altares por la consagración de las especies de pan y vino. Del mismo modo la religiosa ha de dejarse inmolar por la acción sacerdotal de Jesús, aceptando las cruces y purificaciones venidas de su mano.

3º La religiosa ha de **mantenerse unida a Jesucristo**, ayudándose para ello de sus deberes religiosos y variadas prácticas de piedad.

Jesucristo se entrega a nosotros en la Sagrada Comunión para unirse estrechamente a nuestras almas. También la religiosa debe permanecer unida a Jesús constantemente, sacar de esta unión su espíritu de inmolar, y asimilarse sus sentimientos. Así es como, poco a poco, acabará viviendo animada, como nos lo enseña nuestro Fundador, por las mismas disposiciones que animaban a Nuestro Señor en la Cruz: amor intenso de Dios y del prójimo, deseo ardiente de la salvación de las almas, abandono pleno y total a las voluntades divinas.